

una paciencia verdaderamente socrática, y por otra parte, habiendo logrado alguna mejora en mis negocios pecuniarios, haya podido contentar algunos de aquellos de sus caprichos que me han parecido menos graves, se hace cada día menos imperiosa y exigente. En nuestra paz doméstica, no ha tenido poco influjo el haberse mudado mi suegra de casa, pues he advertido que Julia desde entonces concede algún intervalo á sus querellas conyugales.

Pocos días después de mi visita á Peralta, Julia me hizo padre de una preciosa niña. Han transcurrido ya algunos años desde aquella época, y al presente me ocupo con el mayor empeño de la educación de mi hija. No la enseñaré el arte de conservar intacto un túnico después de dos años de servicio; pero sí el de distinguir lo superfluo de lo necesario, y el de acomodarse al producto del trabajo de su padre ó marido, sean cuales fueren sus proporciones; en términos, no sólo de que no la parezca escaso el gasto que se le diere, sino aun de que procure hacer algunos ahorros para servirse de ellos en una enfermedad, ó en cualquiera otro accidente extraordinario.



## Una Familia de Provincia

### I

#### LA VISITA

Había, ó hay en un pueblo, porque todo puede ser, una familia que para estar bien, había encompadrado con el cura, el padre vicario, el organista, el diezmero, el alcabalero, el subprefecto, el juez de paz, que más sabía perpetuarse en ese empleo "concejil" en el que no se tiene cuenta de las multas que se embolsan, el tinterillo y el curandero; y ya se deja entender que sus relaciones las ha llevado hasta el tendero más bien puesto del lugar, con tanta sagacidad y arte como el mejor diplomático. El buen don Roque, era padre de familia; calculaba que encompadrando con todas esas nota-



bilidades de su pueblo sacaría algunas ventajas, porque los bautismos, las alcabalas, las curaciones y los efectos, los tendría á menos costo que sin ser compadre.

Es costumbre en los pueblos, que cualquiera que sale fuera, aunque sea á ocho leguas, pasa á despedirse de sus conocimientos, y va á pedirles órdenes. En el acto que se observa esta etiqueta, la conversación rola sobre el lugar del viaje, y se invita por lo común á hacerlo, y el viajero habla con entusiasmo de lo curioso del camino y de las novedades que se hallan en los diversos puntos.

Más de diez años ha que esta familia, contando con algunos ahorros, había emprendido visitar la ciudad de México; pero como fiaba demasiado en las ofertas de sus compadres, su viaje se le había frustrado.

Cuántas veces don Roque, su esposa doña María Procopia (porque en todos los pueblos por lo común las mujeres se llaman Marias), su hijo el mayor y su hijo el menor se volvían con sus envoltorios de ropa de las casas de sus compadres, ó bien porque no cabían todos en el coche, ó porque la mula del almofrés estaba muy cargada, ó porque los compadres habían madrugado tanto que nadie los había visto partir. ¡Pobre familia! siempre deseosa de viajar, y siempre presentándosele obstáculos invencibles. Sus compadres regresaban, y sin em-

bargo del chasco, ó más claro, del desaire que les habían hecho, don Roque y doña María Procopia eran los primeros que iban á felicitar á los recién venidos por su dichoso viaje. Se animaban las descripciones de la capital, y al matrimonio se "le hacía agua la boca" al escucharlas.

—No pasa de este año sin que vayamos á saber á México, no, hijo, le decía casi siempre á su cara mitad doña María Procopia.

—Un día de estos voy á cumplirte lo que te ofrecí antes que nos casáramos, querida María; pero entre tanto, vamos á visitar á mi compadre don Atanasio que ha llegado esta tarde.

Ambos, acompañados de sus hijos y de su sobrino, para quienes una visita es un día grande, no por el Caracas, que no se conoce, sino por el fuerte guayaquil se dirigieron alegres á casa de su compadre el recién venido.

—Compadre, ¿cómo fué á vd., á mi comadrita y las niñas en el viaje? ¿Qué tal se divirtieron? ¿No han tenido novedad en el camino?

—Compadre don Roque, muy bien me fué, y agradezco á vdes. sus atenciones; sólo un pesar hemos tenido y muy grande, y es que habiendo madrugado mucho no pudimos esperar á vdes.

—No tenga vd. cuidado, compadre: ¿Y mi comadrita?



—Ya saldrá.

—Vaya un abrazo, compadre querido, y doña María Procopia se dirigió hacia don Atanasio con los brazos abiertos. En seguida salieron la esposa y niñas de don Atanasio y se abrazaron, como si hiciese años que no se viesen.

—Comadrita, ya diría á vd. Atanasio lo mortificados que hemos estado por vdes.; pero no más le digo á vd. que salimos con la luna el día que nos fuimos, y no pudimos esperarlos; pensábamos volvernos del camino por vdes., pero ya no era posible.

—Válgame Dios, comadrita; pero no se mortifique vd., que un día de estos nos vamos Roque y yo.

—Deben vdes. hacerlo pronto, don Roque, porque será una lástima que á vdes. por no saber á México los entierren de cabeza ó boca abajo, decía uno de esos veteranos que estaba de visita y que la echan de gracias tan sólo porque han estado en algún colegio uno ó dos años, estudiando su Iriarte ó su Nebrija, y han regresado á su tierra sin haber sabido conjugar; pero esto le bastaba para hablar definitivamente de todo.

—¡Dios nos valga! y más que somos cristianos.

—Dices muy bien, hijita.

—Tocayita, decía doña Procopia á una de las niñas de la casa, y que era una de las re-

cién llegadas, ¿qué son muy altas las casas de México?

—¡Uf!... son más altas que el cerro de enfrente.

—¿Y qué hay muchas?

—Como cuatro mil millones.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¿Pues de qué tamaño será la ciudad?

—Yo, tocayita, no se lo sabré decir á vd.; pero lo que yo puedo asegurarle es, que salíamos desde las cinco de la mañana á misa, andábamos todo el día, y volvíamos muertas de cansancio, y más que todo de sueño, poco después de la oración, y no habíamos andado toda la ciudad.

—¿Y es cierto que hay muchas ventanas en las casas?

—Ni que preguntarlo.

—¿Y muchas tiendas?

—De cuanto vd. quiera; si eso sólo para verlo.

—Hay tiendas para ropa, zapatos, para sombreros y toquillas, para llaves, tijeras, agujas, hormillas, y hasta para la agua fresca, que como hielo se vende, y entra en carretas como trigo y maíz en gavillero.

—Bien dice mi compadre el cura, respondió don Roque.—Vaya vd. á México, compadre, vaya vd.

—Mas no sólo eso, compadre don Roque, replicó doña María Cleofas, madre de doña Mariquita; se admiraría vd. de ver ca-



noas grandes cargadas sólo de lechugas, ó de rábanos, ó de flores; también para todas estas cosas hay tiendas.

—¿Y dígame vd., mi alma, qué no fué vd. á la maroma?

—Si fuimos, respondieron á un tiempo madre é hijas.

—¿Y al trato, y á la Catredá?

—Diré á vd. espacio; al trato no; pero sí á un "dracma," que es lo que está en moda, pues ya no se usa el coliseo ni la comedia, como en tiempos antiguos; pero si vd. hubiera visto lo que nosotros, ¡qué cosa tan bonita y tan fea! hasta el acordarme me causa horror.

—¿Y qué vieron vdes? dígame vd.

—Un dracma del Diablo Verde.

—¡Jesús niñas! no sé cómo han escapado; sería bueno que se fuesen á confesar.

—¿Para qué? eso sería en otros tiempos, pero hoy sólo los necios lo hacen, y todo ¿por qué? por haber visto una comedia, respondió el estudiantillo.

—Y ahora que me acuerdo, exclamó la niña, la dracma era de "mágica."

—Comadre, ¡cómo llevó vd. á sus niñas á esas cosas de mágica con el diablo? No, nosotros no hemos de ir ya á México, decía con tono resuelto el bueno de don Roque.

—No, niño, le decía su mujer, no digas eso; acuérdate de lo que nos conversaba don Jorge el inglés.

—Eso porque en la Inglaterra son judíos.

—No diga vd. eso don Roque, le replicó un nuevo interlocutor, que era nada menos que un licenciado de parvada. Esas comedias ó dramas, como hoy se llaman, no son de mágica sino de magia. Es preciso que vd. atienda á la pureza del idioma; y si vd. hubiera estudiado como yo, Química, Física, Astronomía, Lógica, Retórica, Mínimos, Menores, Diplomacia y Botánica, sabría vd. la causa de todas esas representaciones, en las que la ciencia ha hecho grandes progresos.

—Bien dicho, señor Licenciado, no hay cosa como entenderlo, y no que Roque nada sabe.

—Conque, díganos vd. ¿qué no estarán excomulgados los que vean y hablen con ese diablo verde?

—Digo á vdes., expresó el licenciado, que no. Todo es efecto del progreso nuncupativo y enigmático de estos tiempos progresivos de la ciencia astrológica, de las incomprendibles y espléndidas composiciones del arte que ha llegado á la suma de su periferia en una órbita circunscripta, en que el ingenio, desplegado cual torrente, se eleva hasta el empireo.

—¡Ah madre! ¡ah madre! oiga vd. al señor licenciado; ni más ni menos así hablaban los dracmas.

—Señor licenciado, le dijo el cura que



—¿Pero á dónde va á dar, hombre de Dios? le interrumpió el cura creyéndose amenazado.

—¿Y quién es vd. para faltarme, don Guadalupe? le reconvino el diezmero.

—Esto es un grande insulto; agradezca vd.... replicaron todos.

—Señores, señores, calma, calma, exclamaron el cura y don Atanasio, quien defendiendo sus fueros de señor de la casa pudo tranquilizar los ánimos. A las voces ocurrió la reunión romántica, y esto sirvió de dos cosas: primera, que despertara don Roque de un profundo sueño; y, segunda, que el licenciado pronunciase un bello discurso á favor de la unión, y teniendo por tema la bondad de los juzgados y de los abogados en las sociedades civilizadas. Mariquita, y Anacleta su hermana, apoyaban al licenciado, y sostenían con su erudición, que databa desde su permanencia en la capital, que decía aquel la verdad. Sólo doña María Procopia no había despertado con la bulla, pues permanecía en su puesto haciendo carabanas para derecha é izquierda, y tanto más graciosa, cuanto que voluminosa de formas, sombreaba su semblante oscuro, un notable bigote, y en su cabeza lucía una enorme peineta de ahora quince años.

Don Roque, celoso de sus buenas maneras, notó á su amable esposa, y voló á hacerla volver en sí; y para lograrlo, se valió

de ofrecerle que la llevaría al día siguiente á México. Esta oferta fué bastante para despertarla completamente.

Desde el principio doña María Procopia se había propuesto, á más de visitar á sus compadres, ver las cosas nuevas que habían traído, especialmente las de ropa; este es un deseo tan general en los pueblos, que ya ha ocupado la plaza de costumbre. Sacrifican las foráneas de las poblaciones pequeñas cualquiera cosa al gusto de ver la pieza de crea, la de breña, el tápalo, las medias, los cortes de musolina ó de cambaya, el paño de bolita, la almohadilla el espejo, el canutero, las peinetas del portal de las flores, las orquillas, las canastitas, la caja de dulces, y hasta los cerillos y fósforos, porque es ya una necesidad nuevamente introducida, y además están de moda, y en esto de modas los foráneos no se quedan atrás, y en prueba de ello, hoy consumen algunas cajas de ese combustible, aunque en Francia dicen los han prohibido. Doña María Procopia, pues, don Roque y algunas otras visitas femeniles, unas por curiosidad y otras por tener que hablar (se entiende sin malicia,) comenzaron á instar para que les enseñasen las cosas que habían traído.

—Sí, comadrina, todavía es temprano (y esto que eran las once de la noche, y en un pueblo) y puede vd. enseñarnos sus cosas, decía doña María Procopia á su comadre doña María Cleofas.



Esta señora no tenía inclinación de acceder á aquella solicitud; pero sus hijas no opinando de conformidad, y deseando por otra parte hacer gala de lo que su amado señor padre les había comprado, en un instante desliaron los baúles y sacaron cuanto pudieron enseñar.

—Vean vdes., decía Mariquita, este túnico es de última moda, como que lo compré á la mejor de las modistas de la calle de Plateros.

—Es magnífico, brillante.

—Señora madre, ¿ve vd. cómo el señor licenciado lo entiende?

Cuando el cura y demás visitas vieron que se prolongaba demasiado la conversación, se fueron despidiendo con grande sentimiento por parte de las niñas.

—Quién lo creyera, hermana, que esos señores habían de tener tan poca crianza, y hasta el señor Cura, vaya...

—No tenga vd. cuidado, mi alma, vamos, siga vd. enseñándonos sus cosas.

—Para que las vea vd. mejor, me voy á poner este túnico.

—Eso sí que no, hijita mía, replicó don Atanasio, porque ya es noche.

Don Roque y doña María Procopia que habían echado un sueño desde antes, por una parte; el licenciado, que estaba allí alegre y festivo, y con sus ribetes de picaresco por otra, las muchachas deseosas de

ostentar sus trajes, hicieron un pronunciamiento, se entiende de "hecho" contra las disposiciones de don Atanasio, el que como presidente derrocado, tuvo que retirarse á su recámara y abandonar el campo, dejando á su esposa el cuidado de sus amabilísimas hijas. Siguió, pues, la manifestación de cada objeto, y las niñas, y las visitas, enseñando unas y admirando otras, estaban joviales.

—Vea vd. mi alma qué tápalo, de esta clase sólo los tienen las C.....

—Lindo, precioso; ya ves, Roque me debes comprar, cuando vayamos, media docena.

—Esta mascada es de última; estas medias son de lo mejor.

—¿Y qué no trajo vd. barraganes para las niñas, tocayita?

--Para mis niños, dirá vd.

--No, para las niñas, como el que se puso doña Anselma la noche del coloquio.

—Uf, ja, ja, ja.

—¿Por qué se rié vd?

—No se llaman barraganes, sino capotas.

—¡Ah! pues capote.

—Jesús, vida mía, no diga vd. así, sino capotas.

—Pues eso.

—Ya no se usan, y para qué las había de comprar á las muchachas.



—Lo que si nos compraron fueron estos dos chales.

—Vaya qué chales, si son de lana.

—¿No le gustan á vd? pues son los que más se estilan, replicó muy amostazada.

—¿Qué dice vd. de esta sombrilla?

—No entiendo, respondió asombrada doña Procopia.

—¿Qué le parece á vd. esta sombrilla?

—Quitasol dirá vd.; ese será para que vayan los niños á la escuela.

—Vaya vd. á México, comadre, vaya vd. y verá vd., para que no dude.

—Lo vamos á disponer; pero ahora ya nos retiramos, comadrita, pues ya dió el primer canto el gallo, y es muy noche.

—No se vayan todavía que tenemos otras cosas que enseñarles, decía Mariquita.

—Vaya, no más vemos lo que va vd. á traer y nos vamos.

—¿Cuánto costó á vd. esa bolsa?

—Ridículo, comadre; por Dios que vaya vd. á México.

—Comadrita, yo no soy ridícula; quién lo creyera comadre mía, que me había vd. de despreciar.

—Ni diga vd. eso, comadrita; lo que he dicho á vd. es que á esto llaman todos ridículo, y no crea vd. que se lo digo á vd.

—Ojalá mañana nos fuésemos á México, comadre, para saber tantas cosas; por ahora ya no tengo sentimiento.

—Será lo mejor, señora doña Procopia; y yo daré á vd. cartas de recomendación, le dijo el licenciado.

—Vean vdes. qué abanicos tan especiales y qué zapatos de raso blanco y verdes hemos traído; les dijo Anacletita.

—Niña, regálale alguna cosa á mi comadre.

Señora doña Procopia, tómese vd. ese caramelo á mi nombre; y vd. señor don Roque reciba este acitrón que son de la dulcería de los ingleses, y de este modo obsequiaron á las demás visitas.

—Mil gracias, respondieron los obsequiados, maldiciendo entre sí tan estupenda generosidad.

—Ahora si nos retiramos, interrumpió el licenciado.

Con esta indicación se despidieron todos con su acostumbrada expresión y en el zaguán se separaron cada cual para su casa.

## II

## LAS HABILILLAS

Los comentarios que los asistentes hicieron en el camino, fueron los de siempre: una crítica amarga de unos y otros, que á otro día se extendió en los demás vecinos, con exageraciones las más desfavorables.

En la mañana siguiente, que era día



de fiesta, doña María Cleofas y sus dos hijas fueron á misa mayor y se presentaron con todo el lujo que habían traído de la capital; sus vestidos y mascaradas eran un mosaico de colores, y por supuesto llevaba cada cual su sombrilla y ridículo. Don Atanasio iba de anteojos, capa y paragua. Luego que los veían, les daban mil abrazos y los felicitaban; las personas que no tenían intimidad se secreteaban y les dirigían miradas tan picarescas, que cada una era un sarcasmo; pero don Atanasio y su familia se presentaban satisfechos.

Don Pedro el comerciante y su mujer ridiculizaban á los recién llegados, al ver que por un año no les comprarían sus indianas y crehuelas, existencia de más de diez balances.

En fin, la familia regresó á casa, y se ocupó en mandar los recados de estilo anunciando su llegada. Todo el mundo hablaba de ellos.

—¿Por fin, qué es lo que traen? preguntaban los más.

—Nada, tres ó cuatro túnicos, un ridículo, un paragua, y todo tan feo, que da vergüenza el verlos.

—La vieja viene muy habladora, las muchachas muy "físicas," y el viejo orgulloso.

—Sólo don Roque y su mujer, con todo y los desaires que les hacen siempre, van á visitarlos.

—Y ahora que los mienta vd., ¿esque se van para México?

—No lo crea vd.

—Si me lo acaba de asegurar, y anda empeñando las escrituras de su casa.

—¿Está loco?

—Mas ahí viene.

—Don Roque, nos dice este señor que se va vd. á México.

—Sí, señores.

—¿Qué ya consiguió vd. dinero?

—Cien duros, con un real en el peso cada ocho días, me va á prestar don Pedro el de la esquina, y esto sólo á mí, porque soy su amigo íntimo y es mi compadre; además el señor licenciado don Protasio me va á dar cartas de recomendación para algunos copetones de México. Conque si se ofrece algo pueden vdes. mandar.

En la misma noche había arreglado el negocio con su esposa, y todo se preparaba.

—Pero mi alma, le decía ésta, yo temo ir en diligencia.

—No tengas cuidado, ves que pocos son los que se matan.

—Eso es lo menos; lo que me tiene con cuidado es que en los asientos y en las comidas del camino, según me han instruido, y en las camas de las posadas, se gasta mucho dinero, y más valiera que fuésemos á caballo.